

Elogio a la guitarra

Néstor Murray Irizarry*

Hace ya algunos decenios, un amigo — psicólogo de profesión— me aseveró que las destrezas manuales eran las más difíciles de transmitir. El tiempo, y mi ligera intrusión periodística en el campo de la fabricación de guitarras en la isla, le han dado toda la razón.

Para construir una guitarra hacen falta unas manos fuertes, y al mismo tiempo delicadísimas; disponer de una enorme paciencia; entrenar al oído en las sutilezas del tono, el timbre y la reverberación; volverse perito en maderas, colas y barnices; desvivirse por la música; y tener una tenacidad proverbial. Por si todo esto fuera poco, la primera siempre sale mal; muy mal. Por eso se requiere, además, sentir mucha pasión por el objetivo que se persigue, que en este caso —para colmo de adversidades— se escapa de sus manos: lograr un artefacto que —ceñido por otra persona— sea capaz de producir una música que inunde el corazón de múltiples auditorios, todos diferentes, distantes e ignotos.

Pero en la isla hay personas con esas características —lutieres, se les llama—, que con mucho tesón han llegado a producir guitarras encantadas y encantadoras, perfectamente comparables con los mejores instrumentos hechos en otras partes del mundo, y hasta en la propia España. Entre ellos sobresalen don Fidencio Díaz Nieves, Manuel Velázquez, Rafael Rosado Martínez, Miguel Acevedo Flores y Manuel Rodríguez Feneque.

Fidencio Díaz Nieves tiene ahora setenta y cuatro años. Nació en Patillas, y vive desde años en Canóvanas. Su infinita sencillez le compulsa a decir, muy erróneamente, “inteligente no soy.”

A Fidencio le entrevisté hace poco en el propio comedor de su casa, con la mesa servida por doña Carmen. Todo indica que él es de esas personas que cuando ven alguna maravilla hecha por otra persona, se pregunta, sencilla y llanamente, “¿Y por qué no voy a poder hacer otra igual?” Desde niño —me cuenta— disfrutaba hacer cosas con sus propias manos, y tuvo un primo, una decena de años mayor que él, que fabricaba, con maderas muy rústicas, algún que otro cuatro. A los diecinueve años hizo su primer cuatro, y luego otros más, que vendió por la entonces respetable suma de *dos* dólares con cincuenta centavos. Y hasta por dos dólares con setenta y cinco centavos.

El oficio le llegó por persistente. En la década de los sesentas, la vida empujó a don Fidencio y su esposa hacia Nueva York. Sin haber tenido el beneficio de un maestro, fabricó allí su primera guitarra, utilizando a manera de material las piezas de madera de un gavetero viejo. Con el tiempo, llegó a producir varios cuatros y guitarras con los cuales él —y los compradores— se llegó a sentir satisfecho. Los cuatros eran vendidos a \$25.00; y las guitarras, a \$40.00.

Fidencio sabía que ninguno de aquellos instrumentos merecía calificativos generosos, y quería hacerlos mejor. La suerte, que solo beneficia a los más tenaces, hizo que un aguadillano vecino (William del Pilar), también constructor de guitarras, le abriera los ojos respecto a los materiales: para hacer un instrumento de calidad era imprescindible utilizar las mejores maderas. Y su esposa, Carmen, también contribuyó en el asunto. Un buen día, viéndolo hacer tantas pruebas con

resultados solo a medias satisfactorios, le dijo: “¡Búscate un libro!...”

Aunque Fidencio buscó un manual de construcción de guitarras por las librerías de toda la ciudad, no encontró ninguno. Su tenacidad, sin embargo, le llevó hasta el consulado británico, donde consiguió un libro que indicaba las exigencias de los materiales, las medidas, los diferentes pasos, y algunos de los pormenores. Otra de sus fuentes de aprendizaje fue la reparación de algunos instrumentos de calidad que llegaron a sus manos: al arreglarlos, se fijaba muy bien en cada detalle de la construcción.

A todas estas, el “taller” de Fidencio en Brooklyn era de quita y pon: estaba en el propio comedor de su apartamento, y la mesa que allí tenían se cubría a intervalos de alimento y herramientas. Ya en 1963 llegó a tener un taller de verdad, y tres años más tarde regresó a la isla, donde siguió en sus labores de lutier profesional. “Es un trabajo solitario —apuntó— en el que uno le pasa la personalidad a esta caja.”

Aparte de las enseñanzas obtenidas de los libros —me cuenta Fidencio— hay que usar la intuición. Con el tiempo, se aprende a evaluar las maderas con solo mirarlas y palparlas; incluso aquellas que uno ve por primera vez. Aunque en la construcción de las guitarras se ha utilizado tradicionalmente la madera del palo santo de Brasil y del abeto europeo, el precio de estas se ha disparado en la actualidad. Hoy él utiliza mayormente la madera del palo santo de la India. Hace un par de años Fidencio hizo una con la madera del laurel espada nativo, y sonaba muy bien.

Otro lutier boricueño que se destacó en el oficio fue Manuel Velázquez, nacido en Manatí, en 1917. Según nos relata don Fidencio, Velázquez se inició como fabricante de muebles,

aunque construyó su primera guitarra a los doce años de edad. Su vida muestra muchos paralelos con la del propio Fidencio: su hermano reparaba violines, y comenzó a hacer guitarras con más seriedad en la ciudad de Nueva York, donde arribó en 1942.

Velázquez tuvo la ventaja de un primo español, quien por correo le hizo llegar algunos que otros conocimientos. Llegó a tener un taller grande, donde trabajaban cuatro ayudantes (todos ellos de la isla), donde manufacturaban dos tipos de guitarra. Las del primer tipo eran hechas parcialmente a máquina y de menor calidad, y se producían alrededor de unas 12 a 15 cada mes; las otras eran fabricadas enteramente a mano —y a gusto del cliente— por el propio Velázquez, y su producción se limitaba a unas 10 a 12 cada año.

Las guitarras hechas por Velázquez alcanzaron una fama considerable, llegando a ser el instrumento favorito de concertistas de la talla de Rey de la Torre, Sabicas y Richard Dyer Bennett. El lutier viajaba cada año a Mittenwald, Alemania Occidental, para seleccionar personalmente las maderas en un aserradero especializado en maderas finas destinadas a instrumentos musicales. A su paso por las distintas capitales donde ofrecía recitales, Andrés Segovia recomendaba las guitarras de Velázquez. Llegó incluso a tener pedidos especiales desde Japón, Australia, Israel y Grecia.

En 1963 se inauguró en Caguas la primera fábrica de guitarras de la isla, *Guitar Velázquez, Inc.* bajo la dirección del propio y ya bien reconocido lutier. La existencia de *Guitar Velázquez* dio lugar a una segunda fábrica, esta vez en Bayamón: la *Guitar Industries, Ltd.*, especializada en la confección de instrumentos del “tipo norteamericano.”

Y ellos no fueron los únicos. Rafael Rosado Martínez (Corozal, 1933) nos narró que se lanzó al oficio —ya de lleno— algo avanzada su vida. “Aprendí solo —nos cuenta—, fabricando cuatros y a veces guitarras.” Hasta 1985 Rafael apenas había construido algunos cuatros, y unas pocas guitarras. En 1986 comenzó a reparar guitarras, y cinco años después, a fabricarlas ya en serio. “Sí —nos dice— he hecho guitarras malas; pero les saco la tapa y regreso a la carga.” “No hay secretos —añade—, pero hace falta poner mucha atención a los numerosos detalles; y cualquier descuido puede echar a perder las virtudes del instrumento entero.”

Las guitarras de Rosado, según los entendidos, son melodiosas, de sonido sostenido. Y las fabricadas en Puerto Rico, añaden, son por lo común de sonido más brillante que las europeas, y de bajos más saturados.

Según nos ha indicado el notable concertista puertorriqueño Iván Ríos, no existe, sin embargo, una “personalidad” homogénea en las guitarras fabricadas en la isla, como tampoco la hay en los instrumentos producidos en el extranjero. Las variaciones son muy naturales, pues difieren la técnica y los gustos de cada lutier. Los de acá —añade Ríos— han sabido interpretar muy bien la construcción de la guitarra clásica, e incluso han logrado incorporar los avances que ha sufrido su diseño. En la actualidad los mejores instrumentos se fabrican en España, Alemania, Japón, China, México y Argentina; y los de la isla, aun cuando la producción es limitada, compiten muy razonablemente con ellos.

Uno de nuestros lutieres más destacados de las últimas décadas es Miguel Acevedo Flores. Uno de sus instrumentos fue utilizado por Ana María Rosado, a quien la prensa bautizó como “la primera dama de la guitarra.” Ana María inauguró la presencia guitarrística femenina en

la isla, y ha tenido una excelente carrera en Estados Unidos como intérprete y profesora.

Ana María nos dijo que encontró tropiezos para desarrollar su arte en la isla, en particular debido al sexismo que rodea a la guitarra. El mito de la guitarra-mujer al parecer nació de la tradición del trovador, varón obligatorio; y de la patente voluptuosidad de la silueta del instrumento. *Guitarra* es nombre femenino, pero el aparato no es hembra; como no es varón el piano, el clarinete ni el trombón.

Con el tiempo, por supuesto, se han señalado atributos comunes al instrumento y las damas, todos ellos inventados y sexistas. Se ha dicho, por ejemplo, que la guitarra es temblorosa y sumisa. Pero es un truismo que *todos* los instrumentos musicales tiemblan (vibran); de lo contrario no existirían las melodías. Y respecto a lo de “sumisa”, pues, por lo que a mí respecta, las guitarras siempre se han mostrado absolutamente rebeldes. A Ana María sí le hacen caso...

** El autor es fundador de Casa Paoli y profesor retirado de la Universidad Interamericana, recinto de Bayamón.*